

Romanticismo y clasicismo: estructuras profundas de la sociología

La industrialización en la Europa del siglo XIX fue desigual, y las partes orientales de Europa, que fueron industrializadas algo después, hubieron de realizar dos labores a la vez. Por una parte, tenían todos los problemas intrínsecos de su propia industrialización incipiente; por otra parte, tenían también que formular una posición relativa a la industrialización y el surgimiento de la clase media, que había aparecido antes en el Occidente. Los alemanes estaban bajo la influencia de su propia situación geográfica, pero al mismo tiempo les afectaba también la experiencia anterior de la clase media francesa. Los alemanes habían analizado intensivamente y observado atentamente la experiencia de Francia, que se convirtió en el pivote en torno al cual se desarrolló su reacción a su propia situación cultural.

Después de la Revolución Francesa, la clase media todavía naciente de Alemania se hallaba, pues, ante dos problemas al mismo tiempo. Primeramente tenían que modificar la realidad social de la sociedad alemana y crear una nueva concepción del orden social emergente más de acuerdo con sus intereses y teorías propios. En segundo lugar, muchos estaban dispuestos también a rechazar el nuevo orden que la Francia revolucionaria había ofrecido a Europa, y Alemania se hallaba entonces con el problema de vivir con el antiguo orden feudal y al mismo tiempo no poder aceptar la alternativa más visible, que le presentaban los franceses.¹ El subsiguiente desarrollo de la modernización alemana lo configuró en gran medida su esfuerzo por salir del apuro.

El romanticismo, movimiento de revitalización cultural

Ante este dilema, los intelectuales alemanes se agitaban pero no sabían qué rumbo tomar. En los primeros veinticinco años del siglo XIX, y acaso en particular antes de la Guerra de Liberación, fueron, pues, incapaces de montar una ofensiva contra su propio "antiguo régimen" y de apoyar plenamente al nuevo orden naciente. Por eso, aunque se sentía que era necesario un cambio, a muchos les parecían imposibles la práctica política y una solución política. Por eso fueron bastantes los alemanes cultos de aquel periodo que se consagraron a la esfera de la cultura, a las empresas intelectuales y artísticas, más controlables por el individuo, y fomentaron un movimiento pro revitalización cultural en lugar de hacer una revolución política. Incapaces de revolucionar la sociedad, los intelectuales alemanes trataron de revolucionar la cultura. Como decía madame de Staël,² no era difícil hallar alemanes que crearan los más vastos sistemas filosóficos, pero era casi imposible hallar alemanes que escribieran de política.

Queriendo reaccionar al problema alemán al mismo tiempo que rechazaban la solución francesa, viviendo en una sociedad donde el

feudalismo era todavía relativamente fuerte, aunque era manifiesta su decadencia y donde la clase media todavía era débil, aunque era evidente su ascensión, ciertos intelectuales alemanes lograron expresar sin inhibiciones el potente movimiento de revitalización cultural que llamaron romanticismo.³ Este movimiento social tuvo tres manifestaciones culturales principales: primera, el idealismo filosófico de Kant, Hegel, Schelling y Fichte; segunda, el *Historismus* y la nueva historiografía; y tercera, la revolución en el arte, la estética y la crítica literaria. Cada uno de estos parámetros condicionaba los otros y todos fueron consolidados institucionalmente dentro de la Universidad alemana. Fueron la cultura nuclear de los *mandarines* alemanes.

Insatisfechos con la situación de Alemania pero incapaces de aceptar el futuro que ofrecían los franceses, los románticos alemanes trataron de idear otra imagen del orden social que no sería burguesa ni feudal, o por lo menos combinara elementos de ambas. No pudiendo avanzar hacia el futuro ni aceptar el presente, la imagen romántica alemana de otro orden social diferente podría solamente situarse en el pasado, en el mito y la historia. Se sumergieron en el pasado, y en gran medida a *conciencia*, y lo hacían para poder apreciar más claramente las características del nuevo *presente* en que vivían y para poder verlo en perspectiva.

Las orientaciones temporales de principios del siglo XIX y, en particular, de los románticos alemanes "sistemáticos" (o sea los posteriores al *Sturm und Drang*), la escuela de Berlín y Jena, están implícitas en los conceptos programáticos que emplearon para caracterizar las culturas históricas europeas. Concretamente, hacia fines del siglo XIX y al empezar el XX, y haciendo un *esfuerzo para esclarecer la naturaleza de lo "moderno"*, August y Friedrich Schlegel⁴ propusieron una distinción entre culturas "clásicas" y "románticas" y elogiaron estas últimas calificándolas de verdaderamente modernas. Pero como los Schlegels consideraban la cultura romántica de carácter claramente cristiano, se hallaron viviendo dentro de una unidad de tiempo que comprendía la Edad Media, y por lo tanto también la literatura del Renacimiento y del periodo Isabelino.

Para los románticos, pues, lo "moderno" no se hallaba en la erupción de la ciencia y del racionalismo sino en ciertas innovaciones de las artes y en especial en la cultura literaria. Esta distinción entre romántico y clásico, con su enfoque sobre los componentes artísticos y religiosos, tuvo por efecto la redefinición del lugar que ocupa la ciencia en la vida moderna, y por ende redefinió también la índole de lo moderno. Concretamente, *reducía* la importancia que los franceses habían atribuido a la ciencia, innovación característica de la época moderna para ellos. E inversamente podríamos decir que fue el afán de reducir el valor atribuido a una ciencia reificadora el que hizo que se definieran de ese modo lo "moderno" y lo "romántico". El romanticismo decimonónico rechazaba así

* Profesor de Investigación de Teoría Social de la Universidad de Washington. Sección "Max Weber".



concepción específicamente francesa de la Ilustración, en que lo moderno se centra en la razón, la ciencia y la tecnología. Además, para ellos lo moderno no era, por eso, crítica ni oposición a la religión. *En efecto, los románticos buscaban el modo de ser modernos sin tener que renunciar a la religión y a los valores relacionados con ella.*

Mientras la distinción entre clásico y romántico inicialmente apuntaba a discernir las diferencias entre lo moderno y lo antiguo, terminó por fusionar lo actual, contemporáneo, con la Edad Media, y por invitar a los modernos a buscar una gloria semejante. Con su idealización del medioevo, los románticos podían establecer una perspectiva para la crítica del nuevo presente alemán y al mismo tiempo, hacer cristalizar una imagen de un orden social que impugnaba a todas luces la solución francesa. De este modo, la distinción entre románticos y clásicos permitía a los románticos alemanes rechazar al mismo tiempo el atraso político de la actualidad alemana y la "irreligión" del futuro francés.

Los románticos alemanes podían vivir entonces en el mejor de los mundos posibles: enlazando lo moderno con lo pasado podían ensalzar los logros de la cultura alemana y al mismo tiempo pedir su mejoramiento. Podían rechazar la solución francesa sin dejar de reconocer que el presente alemán estaba necesitando superarse. Podían buscar el "desarrollo" sin respaldar el "progreso". Podían mirar hacia adelante en busca de nuevas grandezas sin desdeñar el pasado ni olvidarlo.

Además, podían también pretender que el mecanismo del desarrollo estaba ya a la mano. Es decir, no necesitaban esperar un reordenamiento político del mundo social, porque el mecanismo necesario ya existía. Este mecanismo era una suerte de espiritualidad muscular; era un *Geist* que era al mismo tiempo *Macht*.

Los románticos, pues, eran los shamanes intelectuales que querían convocar el *Geist* alemán para hallar otro camino, uno propio, para la revitalización de la cultura alemana.

El romanticismo no era, pues, solamente una doctrina filosófica y estética sino también un movimiento social.⁶ Era un movimiento para la revitalización de la cultura alemana, y de toda la cultura en general, en la Europa posrevolucionaria. En el caso alemán, con su especial preocupación por la autonomía de la cultura francesa, este movimiento de revitalización cultural tomó formas fuertemente "nativistas" o "indigenistas", nacionalistas. Y al insistir en el valor y la profundidad del pasado histórico alemán también adoptó formas fuertemente "renovacionistas".

A pesar de esto, el movimiento romántico no puede entenderse sencillamente como una manifestación de tradicionalismo sino que por el contrario tuvo ciertos acentos marcadamente *anti* tradicionalistas. Porque el romanticismo fue, en otro de sus aspectos, una rebelión de las minorías selectas intelectuales y artísticas contra sus propios sistemas culturales establecidos y contra las normas

convencionalmente empleadas para gobernar sus propias esferas especializadas de actividad cultural. Así pues, si la *Ilustración* fue la crítica por parte del intelectual de la sociedad, la religión y la política, el romanticismo fue la rebelión de una minoría selecta intelectual y artística contra su propia subcultura interna. En esta medida también significó el romanticismo poner la estética en lugar de la política y reemplazar la crítica social por la crítica cultural. Y en lugar de pedir libertad política pedía libertad artística.

Perspectivas y doctrinas románticas

Tal vez fuera el aspecto más general del antitradicionalismo romántico su rebelión contra la idea de que el arte debe regirse por la razón, o sea por una conformidad disciplinada a ciertas reglas recibidas e impersonales. El romanticismo fue así la libre empresa en el arte y la literatura. Fue el equivalente en el arte de la doctrina burguesa del *dejar hacer* o *laissez faire*.

Punta de flecha del ataque romántico fue una doctrina de individualismo estético libre de trabas que tomó la forma de una polémica contra las doctrinas estéticas dominantes del clasicismo: la unidad de tiempo y lugar; la universalidad y permanencia de lo verdaderamente bello; la objetividad del gusto; la conformidad con las apariencias de probabilidad y las reglas del decoro, y la evitación de los géneros, estilos, tonos y modos mixtos.

Los románticos se rebelaron en todos los frentes contra las convenciones, otrora honradas, de la comunidad artística y su tradición clásica: recibían con agrado la mezcla de tiempos, tonos, modos y lugares en un producto artístico y la contraponían a la doctrina clásica de las tres unidades; afirmaban el valor de lo contingente, lo cambiante, lo local, y lo oponían a las doctrinas de universalidad y permanencia; estimaban la convicción interna y la oponían a los juicios orientados hacia normas exteriorizadas y objetificadas; se deleitaban con lo exótico, lo extraño, los casos especiales, y los oponían a los casos probables o corrientes, pintaban lo indecoroso como un medio de dar realidad a una individualidad que había de definirse por su apartamiento de las convenciones sociales y no por su conformidad con ellas.

Frente a la tradición establecida de dar una intención o un significado como cierto tipo de unidad, los románticos afirmaron la realidad de lo plural. El mundo era para ellos un mosaico, y cada piedra o azulejo tenía alguna realidad única o un valor en sí. Pero el mismo conjunto se veía muchas veces no como una entidad armoniosa e integrada sino como una acumulación anómala de cosas y una conjunción de partes llena de tensiones. La preocupación romántica por lo "grotesco"⁷ era una preocupación por un amontonamiento de partes que parecía anómalo y ominoso. El romanticismo rechazaba todas las reglas artísticas tradiciona-



les y todas las doctrinas estéticas convencionales y buscaba en cambio una liberación de la imaginación y una movilización del sentimiento que proporcionaran la clarividencia y la energía necesarias para llevar a buen fin la labor artística.

Los románticos vivían en un mundo crepuscular, de transición, entre un presente insatisfactorio y un pasado no viable, entre la tradición feudal decadente y la reforma burguesa incipiente. Viviendo en un mundo donde las trazas sociales convencionales habían perdido su utilidad pero donde todavía no se habían formulado trazas nuevas, era al mismo individuo, hacedor de significados, al que se dirigían, descuidando las reglas tradicionales. Viviendo en un mundo donde las categorías culturales recibidas y las identidades sociales convencionales ya no prestaban sentido a la realidad social, llegaron a ver ésta como poseída de una vaguedad intrínseca. Veían los objetos fundiéndose unos en otros, no delimitados claramente con líneas bien marcadas. Por eso les parecía que quienes trataban de saber la verdad realizando cuidadosas disecciones de razón analítica estaban empeñados en una vivisección cuyo único resultado sería la destrucción de la realidad viva.

Los románticos sentían que el mundo objetivo ya no era isomórfico con las limpias categorías ideadas por la mente clásica. Por eso caracterizaba la poesía romántica la común afición por las imágenes a media luz, de lunas que disuelven los límites de las formas, o los momentos fugaces que preceden al alba, de preferencia a las imágenes con la luz clara y delimitadora de la mente clásica. Fue así como lo casual e irregular, lo salvaje y desordenado de la naturaleza, llegó a ser apreciado por la estética romántica... sobre todo si podía ser visto desde una distancia prudente. En esto los románticos no pasaban de mezclar el heroico arrojito feudal con un poquito de prudencia burguesa.

En este mundo social crepuscular o penumbroso se estaba activando una nueva estructura de sentimientos a que ya no parecía corresponder la lógica clásica aristotélica, en que un objeto era "A" o no era "A". En esta brecha que separaba los nuevos sentimientos de los antiguos e inadecuados lenguajes de la lógica clásica y las convenciones, los románticos —y quizá de un modo especial los del primer periodo del *Sturm und Drang*— pudieron al principio afirmar dogmáticamente tan sólo la verdad de su nuevo modo de ver. Sólo polémicamente podían insistir en la vitalidad y la realidad de sus propios sentimientos íntimos —las "razones del corazón"— ya que al principio les faltaba la fundamentación de un nuevo lenguaje o una nueva lógica.

En las prefiguraciones del romanticismo, como en la escuela del *Sturm und Drang*, era enorme la diferencia entre los nuevos sentimientos y el modo de hablar de ellos. La siguiente generación de románticos podría calificarse de "románticos sistemáticos", precisamente porque crearon nuevos lenguajes, nuevos sistemas



conceptuales y una nueva serie de teorías para expresar y comunicar sus sentimientos. Los hermanos Schlegel, al distinguir entre lo clásico y lo romántico, representaban la aparición de un nuevo lenguaje y contribuyeron a una mayor conciencia de su personalidad.

El salto que dieron los románticos para la adquisición de un nuevo lenguaje de los sentimientos y de la imaginación, adoptó varias formas discernibles. Uno de sus primeros logros intelectuales, fueron importantes doctrinas estéticas que ponían de relieve la importancia del simbolismo, la ironía y lo grotesco. Otra conquista importante en el lenguaje fue la creación de la lógica no aristotélica. Primeramente fue una noción difusa de una "lógica de polaridades", de donde se pasó a la dialéctica hegeliana de la personalidad o *Geist*, que a su vez se independizó, y de la que Marx hizo una dialéctica materialista de la sociedad.

En el siglo XX apareció con el freudismo una psicología sistemática de los sentimientos irracionales. La importancia atribuida por los freudianos a lo inconsciente, así como el supuesto de que una "cura" requiere el conocimiento de lo hasta entonces inconsciente y su reintegración a la conciencia, radican en el paradigma esencialmente romántico del idealismo alemán. La problemática básica de éste pasa a la relación entre el "sujeto" conocedor y el "objeto" conocido, y considera esta distinción una falsa conciencia del sujeto, ya que el objeto, más que ser lo que *no* era el sujeto era en realidad inconscientemente creado por él. El idealismo sentaba como premisa que la emancipación humana entrañaba que el sujeto alcanzara la conciencia de su papel, hasta entonces inconsciente, en la configuración del objeto, el descubrimiento de *sí mismo* en el objeto otro. En resumen: el idealismo alemán anunciaba el concepto freudiano de lo inconsciente y su idea de una terapia.

En contraste con los revolucionarios franceses, que habían derrotado principalmente al antiguo régimen con sus propias armas cognoscitivas, tocaba a los románticos empezar su seria y sistemática reconstrucción del lenguaje y las imágenes empleados para hablar del hombre y la sociedad. Les quedaba tomar por centro el lenguaje del sentimiento; aunque el lenguaje de los sentimientos ya estaba apareciendo en Francia, sus *philosophes* habían seguido en gran parte empleando la retórica de la *razón* en la época de la Ilustración o *siglo de las Luces*. Incluso posteriormente, en la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" de la Asamblea Nacional se advierte claramente que el discurso público de la Revolución seguía mucho más cerca, en sus imágenes del hombre y de la sociedad, de la tradición clásica, con sus ideas de razón natural y de ley natural, que de la era romántica que empezaba.

Lo "moderno" empieza a manifestarse solamente cuando en respuesta a la cuestión ¿qué es lo característicamente humano? el

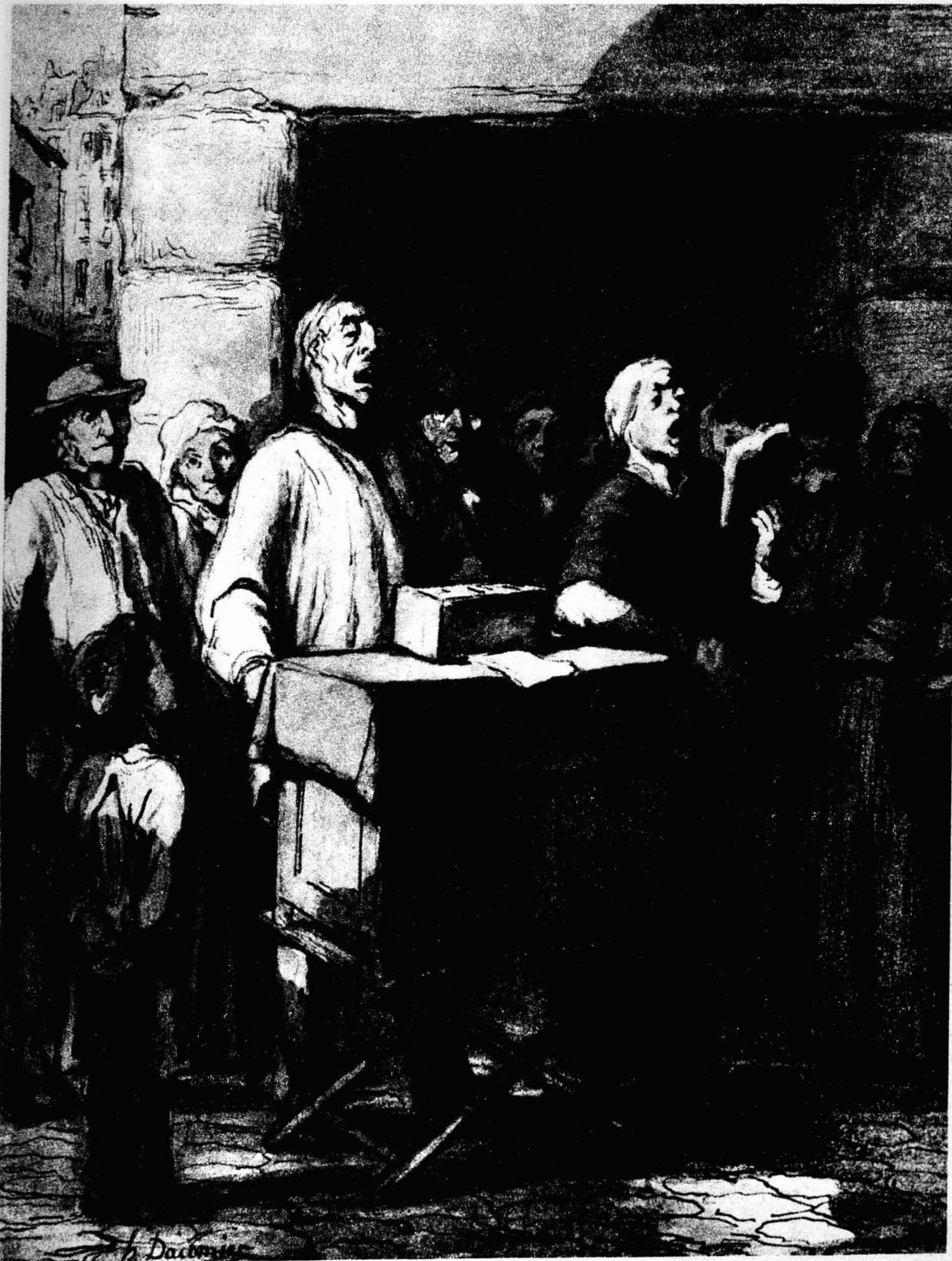
romanticismo no menciona la eterna capacidad de razón y la racionalidad universal del hombre sino su originalidad creadora, su capacidad individuada de sentir y soñar de un modo único. Lo moderno empieza a aparecer cuando se ve en el hombre no meramente una criatura que puede *descubrir* el mundo, sino también una que puede *crear* nuevos significados y valores y que así puede cambiarse a sí misma y transformar fundamentalmente su mundo. en lugar de hallar, recobrar o "reflejar" un orden universal esencialmente inmutable.

Lo que se debe ver es que el romanticismo no fue solamente una doctrina estética sino también un movimiento social duradero y multifacético. Fue un movimiento de revitalización de la cultura europea en todas sus manifestaciones: artísticas, literarias, filosóficas, religiosas y aún científicas.

Frente a una realidad social cambiante, en que la estructura social a entender así como los medios tradicionales de entenderla se estaban disolviendo simultáneamente, y frente al derrumbamiento de las jerarquías axiológicas convencionales, los románticos quisieron salvar un mundo de significado "romantizándolo". O sea, dotando el mundo ordinario y cotidiano del pathos de lo extraordinario, "idealizando" la realidad del mundo. Lo "ordinario", lo cotidiano, lo bajo, lo carnal y lo aberrante fueron rescatados considerándolos desde un punto de vista que los dotaba de un valor nuevo y mayor, en lugar de rutinizarlos, desdeñarlos o cosificarlos. Como asentó Novalis, romantizar era ver lo infinito en lo finito... el universo en el grano de arena, que dijera Blake. Era contemplar hondamente la "flor azul" y ver en ella la eternidad.

La jerarquía y el valor estaban en la mirada del observador. Ya no había cosas que fueran bajas por naturaleza sino sólo *perspectivas* adocenadas. La visión "clásica" del mundo había engendrado enclaves excluidos, de misérrima realidad, cuyo abandono justificaba tranquilamente. Pero el romántico opinaba que la insignificancia de las cosas se debía a falta de imaginación. Así fue democratizada la realidad.

Por encima de todo, el romanticismo rechazaba la tendencia burguesa, de vulgar materialismo, a "desvirtuar" el universo y con él a los hombres. Según Lukács, el romanticismo era un rechazo de la "reificación"⁸ y en parte, podríamos añadir, expresaba la negativa a aceptar que moderno fuera igual a cosificado. En una palabra, buscaba el camino hacia un modernismo *no reificante*. Si la reificación burguesa transformaba a las personas en objetos inanimados, o diferentes de otras "cosas" pasivas, el romanticismo tendía hacia un animismo o panteísmo que trataba de transformar incluso los objetos inanimados mediante una "espiritualización" descosificante. "Romantizar" era así vivificar aquellas partes del mundo que habían sido sometidas a una reificación vulgarizante e insistir en que todas las cosas eran lugares de movimiento *auténtico* de potencia y de valor. En eso, el romanticismo era





profundamente *antiburgués*; o sea que de ningún modo fue exclusivamente "reaccionario", a pesar de favorecer a las élites aristocráticas y otras de regímenes antiguos y de expresar intencionadamente sus maniobras defensivas contra la burguesía naciente.

Es evidente, pues, que esta interpretación del romanticismo difiere de la de Karl Mannheim, quien tendía (como hizo Lukács después) a exagerar el aspecto conservador y de cara al pasado del romanticismo.⁹ En cuanto el romanticismo rechaza la reificación de las personas y proporciona una base para la crítica de la reificación, en cuanto manifiesta una resistencia a reglas o límites innecesarios e históricamente caducos, es sin duda una *posición* emancipatoria. Proporciona fuerza para penetrar en el modernismo del *sujeto* sensible, diferente del modernismo *objetivista* de la Ilustración, que quería libertar la razón de la superstición para que pudiera reflejar mejor el mundo. Pero en tanto el romanticismo trata de reemplazar esto (más que complementarlo) por un nuevo modernismo de sensibilidad subjetiva, este se convierte en un *subjetivismo* vulnerable al irracionalismo y al antiintelectualismo.

Positivismo y romanticismo en Francia

Pero la sociología en Francia y la antropología en Alemania e Inglaterra surgen como elementos de un movimiento a escala europea y de matices románticos en pro de la revitalización cultural.

Observa F. M. H. Markham que "en 1830 se estrenaba *Hernani*, de Víctor Hugo, y en 1831 la *Symphonie Fantastique*, de Berlioz. París vivía una orgía de ideas grandiosas y románticas". Dejando aparte la tendencia goethiana de Markham a ver el romanticismo como patología, es muy atinada su observación de que los sansimonianos, "como el resto de su generación... estaban embriagados por el... movimiento romántico...".¹⁰ También tiene razón Henri Lefebvre cuando dice que Saint-Simon pertenecía "al ala izquierda del romanticismo."¹¹ De modo semejante podríamos diferenciar a Comte de Saint-Simon diciendo que el primero pertenecía al "ala derecha" del romanticismo. Pero en los párrafos siguientes deseo estudiar no sus diferencias políticas sino ciertos elementos comunes de su romanticismo.

Como los románticos alemanes, los positivistas franceses —sobre todo los comtianos— desdénaban hacer una constitución. Subrayaban las flaquezas de la razón y el poder del sentimiento y, entre paréntesis, estaban así de acuerdo con los Schlegels y otros románticos en cuanto a la mayor importancia que debía concederse a las mujeres, portadoras y guardianas del sentimiento. En la era moderna, la *Women's Liberation* o liberación de la mujer empieza con los románticos. En sus ideas acerca del hombre y

de la sociedad, tanto los románticos franceses como los positivistas franceses están de acuerdo en el valor único del sentimiento, así como en la vulnerabilidad y las limitaciones de la razón.

Unos y otros miraban también al pasado en busca de modelos de sociedad coherente y jerárquica. Pero los positivistas franceses eran más ambivalentes en su actitud respecto del pasado, ya que ellos, a diferencia de los alemanes, vivían en una sociedad donde la clase media había logrado hacer una revolución, aunque durante la Restauración se estancara y se viera amenazada. Los positivistas franceses crearon así una *nueva* religión de la humanidad, en lugar de volver, como algunos románticos alemanes, a la venerable Madre Iglesia.

Francia fue durante la Restauración una sociedad estancada en que la clase media no podía avanzar mientras los realistas que habían retornado no podían retroceder. Saint-Simon y Comte respondieron a esta situación creando el positivismo, fusión de religión y ciencia. Querían ser modernos sin rechazar la religión. La nueva "religión de la humanidad" era patentemente una componenda y una labor de retazos; sus nuevos sacerdotes serían los científicos, pero sus científicos serían también sacerdotes. Y apuntaba al progreso no menos que al orden y al amor. El positivismo francés fue, pues, en sus comienzos una transacción característicamente romántica entre las antiguas imágenes de orden jerárquico y el nuevo orden burgués, acicateado por los conflictos de la Restauración pero sometido a las influencias modernizantes más poderosas de una clase media francesa mucho más fuerte que la alemana.

Sería totalmente erróneo, pues, pensar en el positivismo y el romanticismo como dos reacciones cabalmente separadas y opuestas a la crisis de la época. Ambos, por ejemplo, trataban de hallar nuevas bases para las normas sociales y la autoridad con que reemplazar las de sus antiguos y desacreditados regímenes. Los positivistas buscaban esa nueva autoridad en la ciencia; a pesar de sus críticas a la Ilustración, continuaban el movimiento emancipador de ésta contra las supersticiones que áherrojan la razón, y eso era lo que asomaba detrás de su rechazo de lo no empírico y lo metafísico. Los románticos también querían una nueva base para la autoridad que se desmoronaba, pero ellos la buscaban en las certidumbres de la imaginación artística y el sentimiento interno. Tanto los positivistas como los románticos querían ser modernos sin renunciar a la religión. Los positivistas identificaban lo moderno con lo científico y trataban de acomodar la religión a la ciencia creando una nueva religión de la humanidad. Los románticos identificaban lo moderno con la emancipación de los sentimientos o la sensibilidad, no de la razón ni de la ciencia, y declaraban que el alma de la religión era el sentimiento. El que el romanticismo y el positivismo no se excluyeran totalmente puede verse incluso en



el nivel menos delicado si recordamos que el padre del positivismo, Saint-Simon en persona, hizo el gran gesto de ofrecer matrimonio a madame de Staël, la propagandista e intérprete del romanticismo alemán. Tampoco estaría fuera de lugar recordar a los seguidores menos ilustres de Saint-Simon, Entandin y Bazard, cuya epistemología subrayaba la importancia de la intuición y la hipótesis, y del genio que las crea; o la búsqueda por el sansimonismo de *la femme libre*, y su angustiada preocupación por la cuestión del "amor libre".

Inicialmente, el positivismo francés era una *mezcla* de ciencias y romanticismo; era un maridaje intelectual que Saint-Simon consumó aun sin el consentimiento de la de Staël. Pero era una mezcla en que el elemento científico era el más focal y dominante. En resumen, lo que el positivismo fue en sus comienzos y la empresa incolora en que después se transformó eran dos cosas distintas.

En su estructura inicial, el positivismo francés era un movimiento social basado en las *nuevas* profesiones (ingeniería, medicina y ciencia en general) y atractivo para ellas, mientras que el romanticismo alemán fue al principio en gran parte creación de artistas y de eruditos humanistas de cepa *más antigua*. El positivismo estuvo desde el comienzo intrincada y profundamente vinculado con la nueva *infraestructura* que emergía: la nueva sociedad industrial que profetizara Saint-Simon. Pero el romanticismo fue desde el mismo momento en que empezó, el *resentimiento* exteriorizado por los que se hallaban en una *superestructura* devaluada. Total: el positivismo era un movimiento social dirigido por una nueva élite tecnológica a quien el nuevo industrialismo dio casi inmediatamente ventajas, que tenía mejores perspectivas en la sociedad burguesa y que por ello podía entregársele más fácilmente. En cambio el romanticismo era producción de élites más antiguas, creadoras de cultura (artistas, dramaturgos, poetas, músicos) que al principio difícilmente podían hallar lugar en el mundo nuevo de negocios, industria y ciencia y que este mundo nuevo no necesitaría en gran escala, sino cuando se desarrollaran los medios de comunicación masiva.

Pero si el positivismo era una transacción entre ciencia y romanticismo, era una transacción en que su *metodología* se desarrolló bajo la hegemonía de un modelo de ciencias naturales y en que los métodos de estas ciencias con el tiempo se fueron haciendo cada vez más predominantes. En lo tocante al posterior desarrollo de la sociología occidental, la "religión de la humanidad" de los positivistas ahorcó los hábitos y se fue secularizando en calidad de instrumento del Estado Benefactor. De este modo, los componentes más románticos y religiosos del positivismo fueron cada vez más subordinados. Esto no quiere decir sin embargo que desaparecieron del todo, sino que al final fueron omitidos o reprimidos. Es decir, los componentes románticos y religiosos de la sociología académica fueron saliendo como elemen-





tos de la conciencia focal de los que la practicaban, pero no desaparecieron, como lo hace ver la obra de Robert Friedrichs.¹²

Ciencias sociales y romanticismo en Alemania

Pero en Alemania sucedió algo más parecido al proceso inverso. Y es que las ciencias sociales alemanas nacieron también de una dialéctica entre romanticismo y ciencia, pero en Alemania, el ingrediente romántico tuvo más influencia que en Europa occidental, aunque no fuera sin disputa. El poder del ingrediente romántico en Alemania puede apreciarse si se recuerda que las ciencias sociales alemanas maduraron bajo la sombra de las triunfantes ciencias naturales de Alemania, que con su gran público y su prestigio universitario no las dejaban lucir. Pero a pesar de eso, las ciencias sociales alemanas no fueron dominadas por un modelo de las ciencias naturales.

La influencia romántica sobre la ciencia social alemana se manifestó en y conservó por la aparición en Alemania de una distinción sistemática entre las ciencias humanas o culturales por una parte, y las ciencias naturales por la otra. Esta distinción estaba en concordancia con otra que habían persistentemente hecho los científicos sociales alemanes entre “cultura” y “civilización”.

La distinción entre *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu) y *Naturwissenschaften* (ciencias naturales, la ciencia) sigue siendo importante para la escuela contemporánea de Teoría Crítica de Frankfurt. En una de sus dimensiones básicas, la Teoría Crítica tiene seguramente sus raíces en una hermenéutica que trata de formular “interpretaciones” que refuercen el “entendimiento” de los mundos sociales, más que de crear “leyes” que “expliquen” los fenómenos. Y no cabe dudar de que las raíces de la hermenéutica moderna deben buscarse en el romanticismo. Ciertamente, el principal filósofo moderno de la hermenéutica, Hans Georg Gadamer, nos dice que “la hermenéutica floreció en la época romántica...”.¹³ Y podría añadirse que principalmente en la obra del teólogo Friedrich Schleiermacher,¹⁴ quien estaba relacionado con los Schlegels y los románticos de Berlín y Jena.

En un estudio europeo acerca de hechos recientes de la Escuela Crítica se ve patentemente que muchos europeos, ya sean positivistas o hermenéuticos, comparten el entendimiento de la relación de la Teoría Crítica con el romanticismo. Así dice Gadamer de la posición de Jürgen Habermas. “Creo que eso es puro romanticismo, y ese romanticismo produce un abismo artístico entre la tradición y el reflejo fundado en la conciencia histórica.”¹⁵ (Es característico que Gadamer emplea “romántico” como un dislogismo, a pesar de lo que le debe; desde Hegel, los románticos siempre han expresado su sensación de distancia respecto de los demás condenándolos como “románticos”.) Este juicio sobre la Crítica Teórica lo comparte Ernst Topitsch, aunque su propio neopositivis-

mo esté muy alejado de la fenomenología heideggeriana de Gadamer. Sostiene Topitsch (según Paul Lorenzen) que “todos los marxistas y neohegelianos, y entre ellos los filósofos dialécticos y los sociólogos de la escuela de Frankfurt... pertenecen a este grupo de románticos de izquierda”.¹⁶

Si la Teoría Crítica y la hermenéutica arrancan en parte del romanticismo, sólo son la más reciente manifestación de la continuada creatividad de esa infraestructura para la teoría social. Anteriormente, los continuos esfuerzos de la ciencia social alemana para solventar la relación entre el romanticismo y la ciencia se manifestaron en la sociología de Max Weber y, antes aun, habían hallado una poderosa expresión en la obra de Karl Marx.

Karl Marx

Podríamos recordar al respecto el aforismo de Marx de que “la filosofía es la cabeza de la emancipación y el proletariado es el corazón”. Ciertamente, para Marx, la razón sola no podía liberar al mundo ni al proletariado; la razón tenía que estar incorporada en y ser liberada por una *praxis*, o práctica, que corrigiera la teoría. Para Marx, la práctica no era simplemente un experimento científico que se realizaba en el laboratorio. Era la entrega de todo el hombre, que se manifestaba en el mundo y en el curso de su vida cotidiana. Era el empeño de sus pasiones tanto como de sus facultades cognoscitivas para cambiar el mundo y con eso, a sí mismo.

El permanente objetivo de Marx de trascender la “enajenación” es un esfuerzo característicamente romántico para solucionar la disensión *entre y dentro de* los hombres, y de reunir al hombre de sentimientos con el hombre de razón. En definitiva, Marx quería una sociedad en que *todas* las facultades y *todos* los sentidos del hombre —y no sólo su intelecto— tendrían su asiento. Por eso contraponía Marx a la regla socrática —un hombre-una tarea— y al organicismo medieval la nueva visión de una sociedad donde el hombre podía desempeñar *muchas* funciones, no ya a lo largo de toda su vida, sino incluso en un solo día, uniendo las actividades manuales a las intelectuales, las estéticas a las cognoscitivas.

Como los románticos, Marx también hacía hincapié en un pluralismo de perspectivas. Pero a diferencia de ellos, situaba ese pluralismo no en la voluntad o la imaginación del individuo sino más bien en la ubicación social de su grupo o su clase, poniendo así los cimientos de la sociología del conocimiento. Mas al mismo tiempo buscaba Marx también una trascendencia universalista del pluralismo concibiendo que ciertas perspectivas sociales entrañaban una “falsa conciencia”. En resumen: el pluralismo de perspectivas de Marx se compensaba con el universalismo de la razón humana.

El mismo concepto de “sociedad capitalista” que debemos a Marx da fe de su continuo esfuerzo por trascender el conflicto

entre la perspectiva romántica y la clásica. Porque al insistir en que el capitalismo era sólo un *tipo* de sociedad, Marx trata de combinar la preocupación romántica por lo *único* concreto y por la individualidad histórica con la preocupación clásica por los universales abstractos. La insistencia de Marx en los *tipos* de sociedades está a mitad de camino entre lo abstracto clásico y lo concreto romántico.

Por otra parte, para Marx, como para los románticos, el futuro sigue siendo hasta cierto punto algo subitáneo: su carácter completo no puede advertirse ni preverse sino cuando uno se acerca a él. Por eso es inútil tratar de predecirlo con detalles de precisión mecánica. Y Marx polemiza contra los socialistas franceses, y los llama "utopistas" y rechaza la idea de trazar planos de ejecución para el futuro. Esto está de acuerdo con la parte romántica de la política de Marx, que insiste en que los resultados políticos dependen de la lucha, del empeño y el esfuerzo individuales, tanto como de la solidaridad de clase y de la voluntad revolucionaria.

Por otra parte, está también el ingrediente clásico en la política de Marx, que pide paciente espera hasta que maduren las condiciones *objetivas* apropiadas para el cambio social. Vista *así*, la revolución no es para Marx esperar entre los bastidores de la historia, lista para su introducción en cualquier momento mediante un *golpe de Estado* meramente voluntarioso. Aquí es donde se *rechaza* el romanticismo político. Desde los tiempos de Marx, la historia del marxismo ha sido una oscilación cíclica entre estas dos versiones de la política, pero esta oscilación se produce en torno a una *tendencia* que a la larga se dirige hacia una política cada vez más romántica. Este brote romántico en el marxismo empieza con el triunfo de la arremetida leninista en Rusia,¹⁷ y continúa en nuestros días en las estrategias todavía más románticas de Mao y del Che Guevara.

Cuando Marx hablaba de las "contradicciones del capitalismo" estaba expresando una sensación esencialmente romántica de lo grotesca que es la vida moderna, donde cohabitan elementos culturales incongruos, donde las cosas dan origen a sus contrarias mismas, donde la muerte llega con la vida y todo lleva en sí "la semilla de su propio aniquilamiento". Podríamos anotar aquí la observación que hizo aquel auténtico hontanar del romanticismo, Friedrich Schlegel, cuando dijo que "los Estados desaparecen, y los más poderosos suelen llevar dentro de sí, desde su mismo origen, el germen de su propia decadencia".¹⁸ Esto también coincide con la crítica que hace Marx de la ciencia y la tecnología modernas, que veía que conducían a mayor miseria, sufrimientos, desempleo y al ejército de reserva de los sin trabajo. En las condiciones de una sociedad capitalista, la ciencia y la tecnología no liberan al hombre, dice Marx, sino que lo esclavizan, y en el colmo de esos triunfos tecnológicos, el hombre es el instrumento de sus máquinas. El hombre se convierte en marioneta, mientras las marionetas





adquieren vida. Aquí está Marx dentro de la tradición de los críticos románticos de lo grotesco. Pero hay algo más, porque también ve esa grotesca condición desde una posición hegeliana, como algo que dará origen a su propia negación y cuyas propias tensiones garantizan una trascendencia última por un orden más armonioso.

Al tratar la relación de Marx con el romanticismo no he tenido la intención de decir ni he dicho que fuera un "romántico". Pero sí he tenido la intención de mostrar que en su pensamiento había importantes factores *componentes* románticos y de apuntar que si ha de entenderse el marxismo como un todo hay que comprender bien esos componentes. No está fuera de lugar entonces observar que Marx estudió a August Schlegel en la Universidad de Bonn, aunque no haya que darle mucha importancia a este hecho en el entendimiento de las *fuentes* de su romanticismo. Marx es un episodio de capital importancia en el esfuerzo por acomodar el romanticismo y la ciencia dentro del marco de una teoría *social*. Un esfuerzo esencialmente semejante se había hecho con anterioridad dentro del marco de la filosofía alemana, cuya formulación culminante fue la de Hegel. La tarea histórica de Marx consistió en formular la síntesis hegeliana en el lenguaje de una economía política y no en el de la filosofía académica.

En las pocas ocasiones en que Marx menciona directamente el romanticismo, sus comentarios son sin duda negativos. (Otro tanto parece suceder con Nietzsche.) Pero estas observaciones suelen enfocar el romanticismo como ideología de la monarquía alemana, como algo reaccionario e ineficaz. La crítica que hace Marx del "verdadero" socialismo, de su énfasis en el papel del sentimiento como fuente de cambio social, coincide con su crítica acerca de la ineficacia del romanticismo. El rechazo que hace aquí Marx de la sentimentalidad y la inutilidad política del romanticismo es en cierto modo una crítica de la parte *femenina* del romanticismo. (No cabe duda de que el romanticismo concedía un valor particularmente *elevado* a las cualidades que entonces se calificaban en lo cultural de propiamente femeninas (sentimentalidad, expresividad afectiva) y ciertamente tuvo relación con los primeros esfuerzos de liberación de las mujeres respecto de las normas sexuales dominadas por el varón, en la familia y en la vida privada generalmente.) Al ver en el romanticismo de su época una falta de resolución y de "dureza", Marx rechazaba efectivamente un romanticismo feminizado. Y a la inversa, la misión de Marx, podríamos decir, fue no de rechazar sino de "masculinizar" el romanticismo; frente al romanticismo histórico adopta más o menos la misma misión masculinizadora que Max Weber y Nietzsche después que Hegel antes.

La relación de Hegel con el romanticismo tiene mucho que ver con la de Marx. Como éste, Hegel censura a los románticos y les critica su efusiva expresividad, su falta de claridad aristada firme-

mente y de sistema, y trata de hacer la filosofía más científicamente seria. Mas como los románticos, Hegel sostenía que los hombres nunca consiguen nada grande sin ponerle pasión, que la historia se hace por la lucha y el antagonismo y que se caracteriza, como lo compendia el paradigma amo-fiador, por mudanzas irónicas. Más fundamentalmente, al final del sujeto hegeliano se descubre en el objeto otro.

Max Weber

El esfuerzo de la ciencia social alemana para acomodar uno a otro el romanticismo y la ciencia lo renueva y conduce a un nuevo desarrollo la sociología de Max Weber.¹⁹ Según la veía Weber, la ciencia social estaba lejos de aquella ciencia generalizadora, universalizadora y exteriorizadora formulada dentro de la tradición del positivismo comtiano. Más que subrayar su autonomía cultural, la sociología de Weber concibe una ciencia social cambiante, tanto de hecho como con propiedad, a medida que cambian los mismos problemas históricos. Su punto de partida fue el interés de valor cultural del sociólogo y no necesariamente una hipótesis puramente técnica. La sociología de Weber fue concebida, pues, como respondiendo a las cambiantes perspectivas culturales, y por lo tanto como una ciencia a la que le "era concedida la juventud eterna", y que no crecía progresiva y continuamente con la edad.

La sociología de Weber concentraba su atención en el entendimiento de los distintos acontecimientos y de entidades históricamente ubicadas, concebidos en su individualidad únicamente concedida, y no en buscar generalizaciones universales acerca de clases de unidades o acontecimientos. A pesar de su método comparativo, la principal preocupación de Weber fue el caso único de la evolución y el destino de Europa. Y era un método comparativo el que iba a proceder con el uso de "tipos ideales" enfocados en casos extremos, y no en el caso *corriente*, formulados intuitivamente y no por inducción estadística.

Una concepción tan manifiestamente romántica de la sociología ponía de relieve también la importancia del *verstehen*, de la intuición y la comprensión, mediante las cuales podía aprehenderse "el interior" de las demás personas, y la importancia del "experimento mental", por el cual se calibraban las consecuencias de los cambios de valores, ideas y significados. Es decir, el enfoque de Weber era típicamente romántico, tanto en su objetivo final como en su metodología.

Y aquí no había imagen del sociólogo como un intelecto exangüe, aislado de su cultura y operando principalmente con reglas de procedimiento bien codificadas. Aquí no había concepción del sociólogo moldeando con cuidado su adobito para añadirlo modestamente al muro de la ciencia que se iba levantando. En lugar de concebir al sociólogo como una especie de albañil, la

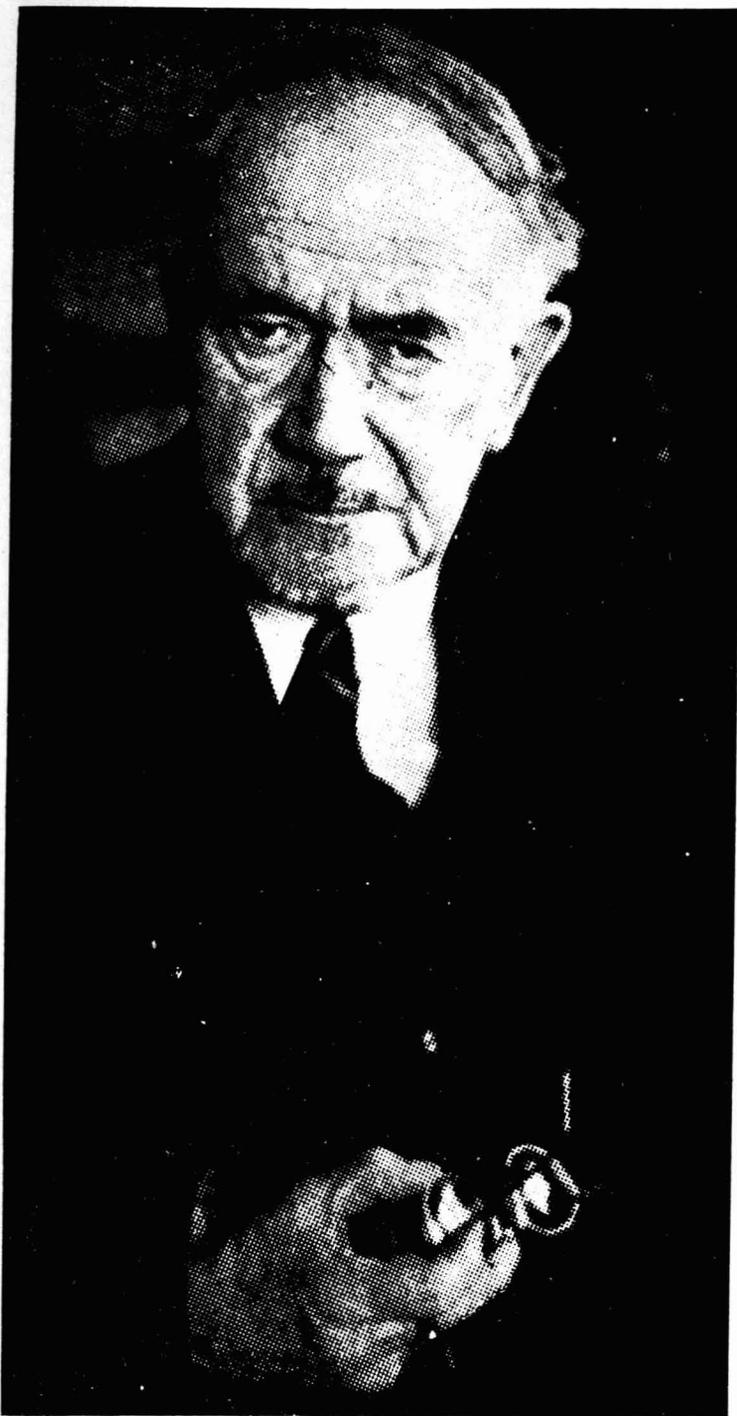


imagen weberiana es mucho más grandiosa. Es la imagen del estudioso aplicado que debe encontrar su solitario camino sin mapas ni planos; que debe confiar en sus propios recursos personales e internos de indopatía e intuición; es la imagen de un hombre cuya propia, inflexible autodisciplina sacrifica sus otras pasiones o ambiciones políticas, sin valor para la ciencia, a su vocación y su cultura. Es, pues, la imagen proteica y tan frecuente del sabio alemán, cuya sabia labor se concibe como una forma de sufrimiento y entraña "la atormentada superación de sí mismo".

La creación de una sociología es para Weber contingente en su esencia al ejercicio de facultades esencialmente *personales*, no a destrezas profesionales. Su preocupación focal es la cualidad del interior de un hombre, su sentido de responsabilidad, su intuición y empatía individuales, y no los recursos acumulados de la comunidad científica exterior a él. La concepción weberiana de la sociología es, en resumen, una aplicación sistemática de las premisas románticas.

La teoría weberiana de las perspectivas plurales, de los valores plurales y de los tipos ideales plurales viene de la idea romántica de que cada hombre hace su propio mundo y lucha por él, y no busca una traza más universal. La unidad del mundo, en forma característicamente romántica, no está garantizada por nada ajeno al individuo, sino que se crea por su propio y personal empeño.

No hay aquí orden supremo o *logos* en un mundo que espera el descubrimiento, del que participa el sociólogo como los demás. Al contrario, es un mundo de conflicto cósmico entre valores divergentes y heterónomos. Es un mundo grotesco, pues, donde los valores máximos pueden competir, y compiten, con los mínimos, y viven con ellos sin lograr imponerse. Es un cosmos donde lo bueno y lo malo están entretreídos, y con frecuencia se producen mutuamente; donde, por ejemplo, el *Geist* está indefenso sin la *Macht*, pero al mismo tiempo se ve perpetuamente corrompido y amenazado por ella. Es un mundo grotesco donde no hay modo de escoger su propio camino, salvo para sentir con certidumbre interior que el camino es el propio.

Nada hay más hondamente nietzscheano en la perspectiva de Weber que su mandamiento de luchar sólo por lo que es propio. Pero mientras Nietzsche despreciaba el Estado alemán y la *Kultur* alemana, Weber parece haber sentido que eran los suyos. Por eso se comprometió con el Estado nacional alemán como su valor máximo. Y en este punto, lo trágico se mezcla grotescamente con lo cómico. el final del relato es de un humor negro. La exaltación por Weber de lo local y contingente como valor verdaderamente máximo es característicamente romántica; pero es un romanticismo a través del cual han empezado a soplar los vientos de una invisible locura.

Hacia una sociología del romanticismo antropológico

Un análisis de la evolución histórica de la antropología en el siglo





XIX revelaría de modo semejante la profunda impronta del movimiento romántico. Esto aparecerá particularmente claro para quienes estén familiarizados con la evolución del concepto alemán de "cultura" que, a principios del siglo XIX empezó a reemplazar a la doctrina clásica de una naturaleza humana "uniformitaria" por una opinión que ponía de relieve la realidad y el valor de la variabilidad cultural, que se veía como algo más que cambios de utilería externa y de costumbres que recubren una naturaleza humana constante y persiguen motivos esencialmente similares donde la forma exterior es únicamente diferente. De modo semejante, en lo relativo a la teoría evolucionista decimonónica en Inglaterra, J. W. Burrow subraya que fue "en gran parte... consecuencia de una tensión entre las actitudes positivistas inglesas respecto de la ciencia por una parte y una interpretación más profunda de la historia, procedente en buena parte del romanticismo alemán, por la otra..."²⁰ No cabe duda de que la historia de la antropología ha sido y puede ser todavía iluminada por la exploración de sus relaciones con el romanticismo.

Pero en lugar de perseguir aquí esos cuidados históricos querría cambiar de rumbo. Habiendo hablado de las relaciones entre el romanticismo y las ciencias sociales en el siglo pasado, deseo ahora explorar brevemente algunas de sus conexiones actuales. En particular, quisiera pasar a la preocupación por la sociología (y no la historia) del romanticismo en su influencia en las ciencias sociales contemporáneas. Para dar una idea de algunas de las posibilidades que se ofrecen sería útil intentar un breve esbozo impresionista de algunas de las diferencias actuales entre la antropología cultural norteamericana y la sociología.

Viendo la antropología y la sociología norteamericanas actuales no sólo como actividades teóricas y de investigación sino también como subculturas ocupacionales diferenciadas, parece razonable sugerir que la antropología es hoy todavía la disciplina más romántica y la sociología la más clásica. Al insinuar esto permítaseme reiterar que me refiero no sólo a las diferencias en sus teorías articuladas y sus metodologías localizadas, sino también a diferencias en sus infraestructuras: en sus ideas antecedentes inarticuladas y en las diferencias modales de sus subculturas ocupacionales. Es en este sentido donde creo que puede decirse que la antropología es una disciplina mucho más romántica que la sociología. Por ejemplo, la antropología se basa en un interés en el "trabajo de campo" mucho más repartido (menos segmentado por el papel), y también lo aprecia más. El método del antropólogo es más personal, tanto en la intensidad de emoción que permite, como en la diversidad de atributos personales que debe emplear el antropólogo.

Pero el sociólogo suele tratar de sustraer su persona a la investigación, de negar o reducir su conexión, y de basarse en reglas de trabajo más impersonales y codificadas, o sea en una

metodología más formalizada y exteriorizada. Es menos probable que los antropólogos nieguen la importancia o el valor de la persona del antropólogo en los resultados que obtiene. Suele esto expresarse diciendo que la antropología conserva una vinculación mayor con las humanidades que la sociología, y que entraña una forma de labor creadora más análoga a la de las humanidades, mientras que la sociología, a su vez, es más consecuentemente —cuando no compulsivamente— tendiente a emplear un modelo de las ciencias naturales.

Las mismas actividades del antropólogo lo hacen ir a lugares más exóticos y románticos; en cambio la sociología sigue siendo en su mayor parte el estudio de lo familiar, lo cotidiano, y lo común. El mismo antropólogo es probable que se imponga a la atención pública como una persona más altamente individualizada, con mayor personalidad, en su vestimenta y sus modales, y como dice John Bennett,²¹ es más fácil que lo consideren un personaje romántico. En contraste con el antropólogo, que todavía parece más brillante, aventurero y pintoresco, el sociólogo se va fundiendo en el aparato del Estado Benefactor y haciéndose una especie más de experto en personal o burócrata.

Los escritos del antropólogo con frecuencia adoptan una forma menos generalizada que los del sociólogo. El antropólogo se preocupa más por el detalle concreto etnográfico actual que el sociólogo, quien es más propenso a desarrollar sus abstracciones. El antropólogo escribe de hechos que tienen color y animación, y el sociólogo tiene más tendencia a lo positivo y prosaico. El antropólogo persuade y convence al lector mediante la presentación de una serie de detalles entrelazados como en un mosaico, que dan fe de su autoridad intelectual porque implican su presencia personal en los lugares de que se está tratando. El antropólogo suele considerar los detalles concretos valiosos por derecho propio; en cambio para el sociólogo los detalles concretos suelen ser accesorios, subordinados a un problema general o al desarrollo de generalizaciones.

En contraste con la antropología, la sociología es una disciplina mucho más clásica, que sigue basada, tácita si no expresamente, en una doctrina uniformitaria de la naturaleza humana, de una naturaleza humana que, siendo la misma en todas partes, puede estudiarse legítimamente en la comodidad del laboratorio vecino u observando a sus propios estudiantes, de acceso más fácil. El estudio a través de distintas culturas realizado por sociólogos sigue siendo relativamente raro, aunque cada vez se considera más el ideal.

G. H. Mead y el romanticismo de la escuela de Chicago

Al decir que la antropología cultural norteamericana es relativamente más romántica que la sociología norteamericana sé perfecta-





mente que la antropología tiene importantes aspectos clásicos y del Siglo de las Luces, así como que su "estructuralismo" subitáneo manifiesta ahora tendencia creciente a coincidir con la sociología. De igual manera sé que hay ciertas escuelas de pensamiento dentro de la *sociología* norteamericana que son relativamente más románticas y en realidad a veces lo son de un modo muy marcado. La veta más pura del romanticismo en la sociología norteamericana creo que se encuentra en la "escuela de Chicago", que hizo la exposición más empeñosa de la tradición alemana y que de hecho fue fundada por muchos (A. W. Small, W. Y. Thomas y R. E. Park) que fueron directamente formados de acuerdo con ella. Actualmente sus principales exponentes son Anselm Strauss, Erving Goffman y Howard S. Becker.

Me parece digno de nota el que buena parte de su obra se dedica no simplemente al estudio de las ocupaciones y al comportamiento aberrante, sino que en esos estudios de Chicago suele producirse una mezcla de ambos. Desde su punto de vista, la prostituta es tanto un papel *ocupacional* como una manifestación de comportamiento *aberrante*. De un modo más general, el estilo de estos sociólogos de Chicago parece tolerar bastante la ambigüedad conceptual; sus distinciones conceptuales suelen estar profundamente hundidas en un denso tejido de detalles etnográficos; en realidad, prefieren el estilo de trabajo de campo antropológicamente animado. En esta vena metodológica, Becker ha sido un preconizador de la observación participante y ha tratado de asentar firmemente el método codificándolo, mientras que Strauss (junto con B. Glazer)²² ha hablado de los méritos de la "teoría fundada en los datos" que es principalmente una polémica contra los estilos deductivos y formales de teorización sociológica y una argumentación en favor de la teorización inductiva. . . revelando así una vez más la paradójica pero duradera afinidad de ciertas formas de positivismo y romanticismo.

Para muchos de estos chicaguenses, el mundo de las *cortesanías* no es sólo un hecho real, que debe tratarse como cualquier otro, sino que proporciona además una *perspectiva* para emitir un juicio acerca de una sociedad respetable. Por cierto que parecen hablar en favor de ese *demi-monde*, y afirmar la legitimidad de los modos de vida "vergonzosos". Este punto de vista chicaguense contiene una manera de romanticismo naturalista: prefiere lo extraordinario, o sea el caso extremo, a lo familiar o corriente, el detalle etnográfico sugerente a la taxonomía gris y desapasionada; lo sensualmente expresivo al análisis seco y formal, la observación naturalista irregular y sencilla a los cuestionarios formales y los rigurosos experimentos en laboratorio, y la posición del "hip" al margen a la del "fresa" bien establecido. En resumen, y como hubieran dicho los románticos decimonónicos, prefieren el punto de vista de los bohemios que el de los filisteos.

Es de decisiva importancia para este modo chicaguense de ver lo

aberrante o extraordinario en particular y el mundo social en general, su aplicación del lema de Kenneth Burke ("perspectiva por lo anómalo"), o sea ver y entender una parte del mundo social mirándolo desde una perspectiva anómala o insólita. Así se ven las ocupaciones respetables como emparentadas con las aberrantes; de acuerdo con eso, el padrote se considera como cualquier otro tipo de agente vendedor. En efecto, la "perspectiva por lo anómalo" es la rutinización pragmática hecha por Kenneth Burke del concepto romántico de lo grotesco, o sea la americanización de lo grotesco.

Naturalmente, Erving Goffman fue quien aplicó más a fondo la estrategia de perspectiva por lo anómalo. En la obra de Goffman, por ejemplo, se sostiene que la relación entre psiquiatras y pacientes o entre párrocos y feligreses es semejante a la relación entre los estafadores y sus víctimas, el comportamiento de los niños en los "caballitos de la feria" es un medio de entender el mundo "serio" de los adultos, y el teatro es un modelo explotado, no de un modo meramente casual sino sistemáticamente, para comprender la vida social en todas sus complejidades. Aquí, en la obra de Goffman, la perspectiva por lo anómalo se convierte en método preferido y en consecuencia queda hecho pedazos y abandonado el mundo en tanto que jerarquía unificada.

La vinculación de esta escuela de sociología de Chicago con el romanticismo es compleja y auténtica, y ciertamente es la que más se acerca, con mucho, a una escuela norteamericana de sociología digna de tal nombre. La principal correa de transmisión para la penetración de la perspectiva chicaguense por el romanticismo fue la psicología social de Herbert George Mead, desarrollada por Herbert Blumer.

Más que ninguna otra figura de importancia en la teoría sociológica contemporánea y más que ninguno de los otros fundadores de la escuela de Chicago, Mead fue quien mejor dominó los detalles técnicos del romanticismo;²³ él fue quien más hondamente supo apreciar su originalidad y viabilidad, y quien más conscientemente simpatizó con el espíritu que lo animara. . . a pesar del hecho de no haberse instruido ni formado en Alemania. Como dice Anselm Strauss, "los escritores románticos ejercieron profunda influencia en Mead. . .".²⁴

Las coincidencias entre Mead y los románticos, para esbozarlas simple y brevemente, consisten en lo siguiente:

1] Suelen sentir que hay una *diferencia* llena de tensión entre por lo menos un factor componente privado del yo y otra parte del yo más socialmente orientada, lo que Mead expresó estableciendo una distinción entre el "I" (yo) y el "me" (mí).

2] También suele creer que el yo y el no-yo están ligados en y constituidos por un solo proceso; de modo que los objetos del mundo de la experiencia no pueden estar apartados de los "sujetos" que los constituyen en objetos.

3] Mead y los románticos coinciden también en que un aspecto



capital del desarrollo del yo depende de su capacidad de mirar al pasado y de reclamar como propios algunos de sus sucesos.

4] También coinciden en que las formas, no menos que el contenido concreto de la conciencia, del yo y de los demás están evolucionando constantemente y no son dados estáticamente.

5] Por eso subrayan unos y otro que el yo es un proceso de evolución y cambio.

6] Coinciden asimismo Mead y los románticos en que el "pasado" no tiene significancia fija, sino que varía en su relación con la acción en marcha o pensada, por eso uno no descubre sino que reconstruye y crea los pasados, y los ve de modo diferente en los diferentes puntos del proceso de la acción.

7] Además, unos y otro creen que el yo no es un recipiente pasivo de formas exteriores, sino un agente activo y selectivo que se cambia a sí mismo al obrar en los otros o hacia ellos.

8] Además, por lo que toca a Mead como a los románticos, al final de una acción el yo siempre cambia algo, como cambia el mundo objetivo que percibe, y, por lo tanto,

9] El futuro es siempre algo que nace imprevisiblemente de la acción, y continuamente está intentando sobreponerse a las ambigüedades con que se encuentra.

Mead, pues, como los románticos, rechaza una imagen del mundo social dada en un orden estático bonitamente arreglado. Uno y otros lo ven en cambio, como un proceso fluido, algo indeterminado, lleno de tensiones, cambiante, de extremo abierto y vagamente trenzado. La insistencia de Mead en que la pluralidad o multiplicidad de yos es un fenómeno *normal* y creador, puede considerarse un esfuerzo para trascender la fragmentación del yo y negar que esa fragmentación constituya *lo grotesco*. En este respecto, la psicología social del yo de Mead es semejante a la dialéctica hegeliana, que también trata de trascender lo grotesco y de darle un sentido.

Mas a pesar de todas sus coincidencias con el romanticismo, Mead no fue —y no podíamos esperar que lo fuera— un romántico alemán decimonónico. Es, naturalmente, un norteamericano postdarwiniano que entendió el romanticismo de un modo optimista y lo concibió como una filosofía de la evolución. Como dice Anselm Strauss, "el tratamiento romántico pierde su misticismo en manos de Mead y adquiere rasgos biológicos y científicos". Strauss es también acertado sustancialmente al interpretar a Mead como tratando de hallar un "apuntalamiento empírico por la base para las nociones revolucionarias pero insuficientes de la evolución" que los románticos inauguraran, por una parte mientras por la otra, se sirve del romanticismo como de una palanca para abrir el marco determinista de la ciencia moderna y "replantear los problemas de la autonomía, la libertad y la innovación".

Creo que fue en gran parte por la influencia de Mead por lo que el romanticismo sistemático penetró un ala de la escuela de

sociología de Chicago, le dio su coherencia y su carácter único y la marcó como una escuela aparte (y a menudo en conflicto con ellas) de las orientaciones científicas más características de la sociología norteamericana. La coherencia y vitalidad de esta ala de la escuela de sociología de Chicago derivó tanto de la inconfundible huella del romanticismo como de su propia adaptación creadora del romanticismo a las tradiciones e ideologías norteamericanas características.

Metodología y romanticismo

En buena parte de lo que he dicho hasta ahora he llamado la atención hacia el modo en que los esquemas *conceptuales* y las *teorías* sustantivas de la ciencia social contienen, en el nivel de sus más hondas estructuras, ciertos síndromes perceptiblemente románticos y clásicos. En lo que queda de este estudio voy a cambiar algo de enfoque y a concentrarme no en los esquemas conceptuales y las teorías sustantivas, sino en la metodología y los expedientes metodológicos.

Como decía Schlegel "no es una vana especulación de la historia averiguar lo que en diferentes circunstancias pudiera haber ocurrido. . . Lo que hubiera sido la consecuencia, la forma que Europa hubiera tenido, si las potencias católicas hubieran triunfado por completo. . ." ²⁵

La índole de los datos

Mientras el efecto del romanticismo en la metodología de las ciencias sociales halla su culminación más sistemática en la sociología de Max Weber, no podría decirse que sea la manifestación primera de la importancia del romanticismo en la metodología de las ciencias sociales. Una de las primeras fue el estímulo que dio el romanticismo a la investigación directa y de primera mano —o sea a los métodos de "trabajo de campo"— como medio de estudiar la campesina y otras culturas preindustriales. Como dice Anthony Oberschall, "el incentivo para el trabajo de campo fue el descubrimiento por los románticos de la noción de *Volk*, que trajo consigo una evaluación positiva [sic] de las creencias y costumbres del campesinado alemán. Desde el tiempo de los hermanos Grimm, cierto número de investigadores estaban cruzando el país en todos sentidos, tomando nota de dialectos y cuentos de hadas y observando trajes, costumbres e inscripciones en las casas lugareñas y las iglesias. . . Arrancando de la tradición romántica, pero dirigida de preferencia hacia los problemas sociales y políticos inmediatos, fue la obra de Wilhelm Heinrich von Riehl [y] su noción de *Volkskunde* como ciencia empírica. El propósito que llevaba el estudio del *Volk* era descubrir las leyes de la vida del pueblo. . . El modo de descubrir esas leyes era la observación directa del pueblo. *Es*



especialmente inadecuada la investigación directa de la vida del 'Volk' cuando se realiza con fuentes secundarias. Quien quiera representar lo individual [sic] del 'Volk' solamente a base de los datos hallados en bibliotecas, archivos u oficinas de estadística sólo logrará montar un esqueleto castañeante, no un cuadro lleno de vida. Para ese fin se necesitan documentos de primera mano, y éstos sólo pueden obtenerse recorriendo en persona el país".²⁶

La expresión más profunda de la influencia metodológica del primer romanticismo no fue, empero, su polémica contra los documentos secundarios ni su llamado en pro de la observación directa y el trabajo de campo. Fue más bien su concepción de lo que era *valioso* y merecedor de estudio por una parte y, de acuerdo con ello, de *quién* proporcionaba fuentes legítimas y *valiosas* de documentación por la otra parte. En resumen, los románticos contribuyeron a configurar la concepción medular de la sociología moderna acerca de la índole misma de la documentación. Porque a pesar de la opinión común de que el romanticismo era políticamente conservador (cuando no reaccionario), el pluralismo romántico aportó mucho a la "democratización" del concepto de datos.

Concretamente, el pluralismo romántico minó la metafísica clásica que había ordenado la realidad jerárquicamente y que por lo tanto había concebido, expresa o tácitamente, que algunas porciones de la realidad eran "elevadas" y dignas de emulación y respeto y otras eran "bajas", indecorosamente descarriadas y merecedoras solamente de desprecio o desdén. Para los románticos, todo objeto era un mundo en sí, todo grano de arena un cosmos. Cada objeto era individualmente único y por eso merecía atención por sí mismo, era válido en sí y no sencillamente como paradigma de emulación o vituperio. Se le consideraba digno de conocimiento, de un modo totalmente independiente de sus implicaciones *morales*, o de que necesitara reforma o mejora. El romanticismo contribuyó así al interés por las regiones bajas o extraviadas del mundo social.

La actitud romántica del siglo XIX para con los objetos era semejante a la estética del coleccionista. Por eso observa Oberschall que "un hombre como Mannhardt allá por 1860 y tantos tenía conciencia de una carrera contra el tiempo en la recolección de ese material, ya que la vida rural genuina estaba desapareciendo en torno suyo"²⁷. Esta orientación "de coleccionista" hacia los objetos era muy distinta de la actitud de muchos reformadores del siglo XIX, que querían conocer y estudiar los mundos sociales menos privilegiados con el fin de elevarlos, mejorarlos o protegerlos legislativamente. La actitud romántica para con los mundos sociales —su posición de coleccionista— era, pues, mucho más semejante a la de ciertas concepciones de la sociología contemporánea, de "objetividad" de ciencia "pura" de lo que fue a las concepciones instrumentales de sociología aplicada u "orientada

por una política". Pero ni siquiera esto es enteramente exacto, porque la relación estética de los románticos con el objeto trata de poseerlo o protegerlo, de "apreciarlo" y entenderlo, y no de servirse de él para (crear o validar) generalizaciones de leyes. El romántico desea y aprecia el objeto en su totalidad concreta de cosa única y distinta.

La concepción romántica de mundos pluralistas, cada uno de ellos único y válido, llamó la atención a mundos sociales y gente hasta entonces desdeñados o considerados viles, e influyó en las concepciones acerca de *lo que* merecía estudio. También favoreció el contacto directo y la inmersión en esos mundos como medios de estudiarlos, y así influyó en las nociones acerca de *cómo* estudiarlos y de cuáles sacar "datos". Más específicamente, superó las concepciones aristocráticas de "obtener pruebas" o las concepciones burocráticas de escribir a los notables (la nobleza del campo, los ministros del culto a los maestros de escuela) y pedirles que describieran las condiciones de vida de los *demás*, de los "órdenes bajos". Cada orden o tipo podía así dar fe de su propia condición. El romanticismo creó nuevas concepciones de las "fuentes" de documentación. Subrayando la importancia de lo intuitivo en el proceso de conocimiento y de lo inefable en el objeto a conocer, el romanticismo favoreció un proceso de investigación que entrañaba un contacto directo generador de comunión entre el sujeto pesquisador y el objeto pesquisado. En una manifestación extrema podría fomentar un relativismo radical que sostendría que "tiene usted que ser uno de ellos para conocerlos", como, por ejemplo, que sólo los negros pueden conocer a los negros.

El romanticismo favoreció también la resistencia al estudio cuantitativo de lo que se tomaba por entidades únicas e inefables. En razón de la importancia que atribuía a lo subjetivo e interno, del significado que atribuía a las ideas, los valores y las cosmovisiones, fue una fuente básica de interés por los puntos de vista subjetivos y fenomenológicos y de resistencia a la aplicación de los modelos mecánicos de ciencia física, y de las concepciones "externas" de causación al estudio de los mundos sociales. En la sociología norteamericana esto cristalizó, durante el periodo clásico de la "escuela de Chicago", en la insistencia de W. I. Thomas y Florian Znaniecki en que todo cuanto es *definido* como real es real, en sus consecuencias. De este modo, mientras la posterior proliferación de estudios de actitudes y encuestas de opinión pública representa una prolongación de una metodología positivista en lo esencial, se basaba paradójicamente en un triunfo anterior del romanticismo y de una concepción romántica de lo que eran datos importantes en sociología.

Inducción analítica

Otra expresión más de una metodología relativamente romántica

puede hallarse en el concepto de "inducción analítica" creado por Florian Znaniecki y Alfred Lindesmith. En este procedimiento se llega a conclusiones generales relativas a una serie de fenómenos partiendo del estudio sucesivo e intensivo de casos individuales, tratados por separado, y no basándose en deducciones sacadas de una muestra de casos examinados simultánea y estadísticamente. La inducción analítica es, pues, un procedimiento de caso por caso y en su énfasis en el valor del suceso individual es característicamente romántica. A la vista de mis anteriores observaciones acerca de la importancia característica del romanticismo para una ala de la escuela de sociología de Chicago, vale la pena anotar la conexión especial que tiene el desarrollo de la inducción analítica con la historia de la Universidad de Chicago por mediación de Znaniecki que enseñó allí y Alfred Lindesmith que allí estudió.

Reiteraré que no insisto tanto en que una sociología romántica rechaza la metodología, como en que tiende a darle una orientación a la metodología característica. De todos modos, sospecho que si hubiéramos de comparar dos muestras de sociólogos contemporáneos, una de clasicistas relativamente puros y otra de romanticistas relativamente puros, hallaríamos que en general los romanticistas son algo más hostiles a las metodologías muy codificadas y formalizadas. Tal vez pueda hallarse el prototipo de este rechazo romántico de la formalización en las ciencias sociales en la obra de C. Wright Mills.

C. Wright Mills, el romanticista

Naturalmente sé que en diversas obras se esforzó mucho Mills por darnos a conocer su competencia en el manejo de una tecnología "contemporánea" de investigación. Esto se advierte de modo especial en las obras que realizó en asociación con el Bureau of Applied Social Research. Sé también perfectamente que en un momento determinado Mills salió con la fórmula de que IBM + humanismo = sociología. Pero incluso en estas investigaciones de base estadística es patente que sus mayores satisfacciones intelectuales las obtuvo Miller del análisis *cuantitativo*, para el que sus materiales estadísticos le proporcionaban un trampolín. Pero Mills era en muchos modos característicamente norteamericano en su placer al manejar diversos géneros de instrumentos y máquinas. Aunque quizá tampoco sea injusto ni falso apuntar que Mills prefería los instrumentos y las máquinas que hacían sentir fuertemente el dominio del individuo y la maestría personal. Gustaba de las máquinas y los instrumentos que reforzaban la independencia individual o que permitían a los hombres desplazarse libre y fácilmente entre diferentes lugares. Tal vez en parte se debiera a que le gustara la motocicleta. Pero el romanticismo no tenía por qué entrañar un rechazo radical de la máquina, y tal vez el gusto de Mills por la motocicleta fuera semejante al amor igualmente





romántico de Gabriel d'Annunzio por el aeroplano. En resumen los románticos del siglo XX no tienen por qué ser luditas enemigos de las máquinas.

Mucho más reveladores, empero, de la posición metodológica central de Mills son los temas principales de su *Imaginación Sociológica*. Creo que representan una perspectiva esencialmente romántica de modo más particular en relación con su rechazo de todo tipo de metodología autónoma e impersonal. En su *Imaginación Sociológica* se recordará que la crítica de Mills era doble: por un lado era un rechazo de un empirismo estadístico sin imaginación y por el otro, era un rechazo de lo que llamaba teorización grandiosa abstracta. Rechazaba aquí Mills las formalizaciones que se empleaban como substitutos del pensamiento personalizado y en particular, en cuanto estaban vacías de datos que poseyeran riqueza concreta. El también quería un cuadro de los mundos sociales "lentos de vida".

La propia concepción de su metodología se revela principalmente en su metáfora de "habilidad en el oficio intelectual" y nada podía ser más propiamente romántico que las observaciones de Mills en su ensayo sobre *El oficio intelectual*, donde sostiene que "la tradición sociológica de los últimos cien años viene siendo más o menos esto: en la mente que la domina, en la mente formada por ella, a veces se produce un tipo de imaginación sociológica".²⁸

Es evidente que Mills pone el acento en el valor de la imaginación sociológica y no en la disciplina metodológica. Como si el romanticismo de esta perspectiva no fuera suficientemente claro, Mills añade inmediatamente después que la imaginación sociológica reside en "la capacidad de cambiar de perspectiva y en el proceso de construir una visión adecuada a toda una sociedad. . ." Es, insiste, "esta imaginación la que distingue al sociólogo del mero técnico". Una imaginación sociológica, añade Mills, contiene "una cualidad inesperada, quizá porque su esencia es la combinación de ideas que uno no esperaba fuesen combinables". En resumen, la esencia de la imaginación sociológica es para Mills un pluralismo de perspectivas romántico fundido con la versión de Kenneth Burke de lo grotesco, o sea la perspectiva de lo anómalo. Para Mills, el cotejo de los datos sistemáticos era sobre todo "un modo de invitar a la imaginación". En resumen, sugería que no era la maquinaria formal de la investigación la que daba resultados, sino su estimular la imaginación. . . cualidad personal e interior. Uno puede excitar más la imaginación, añade Mills en suave aparte, con un vaso de whisky irlandés.²⁹

Es en estas observaciones, según creo, donde tenemos la esencia de la concepción de Mills de un modo de investigar pluralista, personal e imaginativo que era francamente romántico. Y tampoco es impertinente apuntar de paso que si se intentara buscar los orígenes intelectuales del modo de ver de Mills, seguramente se daría con la influencia seminal ejercida en él por Herbert Mead y

Max Weber, dos importantes viaductos del romanticismo en sociología.

Podría parecer que mientras había yo prometido estudiar las influencias del romanticismo en la metodología sociológica, los ejemplos dados por mí hasta ahora no representan realmente los intereses metodológicos verdaderamente característicos de las ciencias sociales en la actualidad. Es decir, que podrá haber quien esté de acuerdo en que hubo un tiempo en que existía una metodología romántica en las ciencias sociales, pero que eso pasó hace mucho y que ahora es inútil tratar de entender los hechos actuales de la metodología sociológica en función de la distinción entre clásico y romántico.

Las premisas románticas de P. F. Lazarsfeld

Teniendo esto presente, permítaseme citar brevemente la obra de Paul Felix Lazarsfeld, que es seguramente el decano de los metodólogos de la sociología en los Estados Unidos de nuestros días. La esencia de la posición metodológica de Lazarsfeld es que el sociólogo debe guiarse ante todo y por encima de todo, no tanto por los cánones formales de la ciencia, como los articulados y codificados por los logistas, sino, como subraya Lazarsfeld, por las reglas y procedimientos implícitos que los buenos sociólogos tácitamente incorporan en sus investigaciones. Es decir: la posición metodológica de Lazarsfeld rechaza una visión de las metodologías sociológicas que las considera una serie de reglas eternas y exteriorizadas de procedimiento o prueba. Es, pues, una concepción de la metodología netamente anticlásica, en sus premisas si no en sus consecuencias.

El hecho de que la posición metodológica de Lazarsfeld sobrevenga en un énfasis clásico sobre la importancia de codificar y formalizar reglas de investigación, no debe dejarnos ocultar que deriva de premisas muy diferentes, románticas. O sea que mientras Lazarsfeld es un clasicista como moralista metodológico, es un romántico que da por hecho que en el principio fue la acción creadora.

Lo que Lazarsfeld pone de relieve es la búsqueda de las propiedades guías, de los paradigmas y modelos que están implícitos en la investigación de los sociólogos activos. Su opinión implica que la gran ciencia social procede sobre la base de reglas operacionales (al principio) inarticuladas y de información o experiencia con frecuencia inflexible. De ahí en forma característicamente romántica, la insistencia de Lazarsfeld en la cualidad interna de una metodología sociológica efectiva, en lo tácito de lo creador, que de todos modos necesita expresarse. En esta premisa, no declarada pero poderosa, no es el prontuario de reglas el que da la pauta, sino más bien el sociólogo con su labor concreta.

Podría añadir aquí que este aspecto romántico de la orientación



metodológica de Lazarsfeld parece de una pieza con el estilo de la Oficina de Investigación Aplicada y sus estadísticas, por lo menos en cuanto ha creado tests de significado estadístico³⁰ de un modo relativamente más “flexible” que algunos estadísticos sociológicos de muchas partes. Me parece que algunos se oponían a que se renunciara a los tests de significancia en alguna parte, porque eso permitía demasiada variabilidad en la interpretación de las tablas estadísticas y confiaba demasiado en la elección individual y el juicio personal. Es decir, se oponían a la intrusión de lo subjetivo. Mientras los *teóricos* sociológicos de la Universidad de Chicago eran más románticos que los de la Universidad de Columbia, es posible que los *metodologistas* estadísticos de la Universidad de Columbia fueran más románticos que los de cualquiera otra parte.

El romanticismo con computadora

Este breve ejemplo tal vez no baste para *indicar* que no todos los énfasis en la metodología son de carácter intrínsecamente clásico, y que hay metodólogos *románticos* lo mismo que metodólogos clásicos. Es así incluso en relación con las ciencias sociales llamadas “duras”, o sea las que ponen de relieve la importancia de la computadora. Por ejemplo, si uno compara los “análisis de sistemas” con, digamos, la investigación de operaciones, la presupuestación de un programa o el análisis de costos y beneficios, creo que esos análisis de sistemas son, con mucho, los más románticos. Esta conjetura parece sustentada por la obra de Aaron Wildavsky, que describe el buen analista de sistemas como un individuo cuyo “fuerte es la facultad creadora”. Y también subraya que el buen analista de sistemas se esfuerza en relacionar diversos elementos “de un modo imaginativo dentro de sistemas nuevos...”³¹

Apunta también Wildavsky que E. S. Quade dice que los análisis de sistemas constituyen una “forma de arte” donde no es posible poner “reglas invariables” que se hayan de seguir al pie de la letra. “En los análisis de sistemas —dice Quade— hay más criterio e intuición y menos confianza en los métodos cuantitativos que en la investigación de operaciones.” El análisis de sistemas se interesa mucho también en el desarrollo de la técnica —como el análisis de contingencia— para tratar situaciones con alto grado de incertidumbre.

Orientaciones románticas semejantes a la simulación en computadora pueden deducirse de la obra de Robert Boguslaw.³² En un esfuerzo para crear programadas computadorizadas para jugar ajedrez, hizo Boguslaw con ajedrecistas esencialmente lo mismo que Lazarsfeld había hecho con sociólogos. Es decir, estudió la labor de los buenos ajedrecistas, trató de hacer explícita la “heurística” o las reglas operativas que aplicaban *tácitamente* y después procedió a programar la computadora en función de esa heurística.

Resumen

He aquí brevemente resumidas las ideas principales expuestas en lo que antecede:

1] Los estudios históricos serios de sociología y antropología —y creo que éstos sólo están apareciendo ahora— hallarían esclarecedor el rastreo de sus relaciones con el romanticismo decimonónico. Esta es *una* de las claves del esfuerzo contemporáneo por reconstruir la historia (y por lo tanto la conciencia) de las ciencias sociales. Es esto lo que nos permitirá ir más allá de la preocupación por las implicaciones estrechamente políticas de diversas sociologías con sus otras fuentes sociales, más complejas, en particular su relación con los modos de trabajo sociológico, así como con las normas de formulación de los problemas.

2] Los síndromes clásico y romántico tienen relación con duraderas estructuras profundas que subyacen las teorías de sociología hoy todavía. Están encajados en diferentes escuelas de pensamiento y también diversas subculturas profesionales, y ayudan a diferenciarlas. En resumen, los síndromes romántico y clásico son, a mi modo de ver, prometedores instrumentos intelectuales, valiosos para un estudio empírico de las ciencias sociales actualmente en marcha, es decir, tan válidos para una *sociología* de la sociología como para una *historia* de la sociología.

3] No sólo las teorías sustantivas, también las mismas metodologías de las ciencias sociales llevan profundamente marcada en sus estructuras profundas la huella diferenciadora romántica o clásica.

4] Tanto desde una posición histórica de su desenvolvimiento como desde una posición sociológica sincrónica, hay un conflicto medular entre los centros de las escuelas del pensamiento y dentro de ellos, en lo relativo a las tensiones entre las estructuras profundas románticas y las clásicas (u otras).

Podemos entonces pensar que el romanticismo y el clasicismo son síndromes o dimensiones latentes que sostienen por la base la sociología y las demás ciencias sociales. Podemos pensar que son diferentes genotipos subyacentes respecto de ciertos fenotipos.

La sociología clásica sería, pues, una que —en forma típicamente ideal— pone de relieve la *universalidad* de las normas o valores o de los requisitos funcionales que rigen una sociedad. En cambio la sociología romántica pone de relieve —en forma asimismo típicamente ideal— la relatividad, la unicidad o singularidad o el carácter histórico de las normas o necesidades de cualquier sociedad o grupo. Si el clasicismo tiende hacia el *estructurismo* en la sociología, el romanticismo tiende hacia el *historicismo*.

Una sociología clásica se interesa por un análisis más cuidadosamente estadístico del caso “medio” y por la más total distribución estadística de los casos, en su preocupación por lo “normal”. En cambio una sociología romántica enfoca la realidad del caso aberrante y tolera el apartamiento de los requisitos de función o



normativos. Una sociología clásica pone mayor insistencia en lo indispensable que es cierto grado de conformidad con ello. Entonces, la sociología clásica se afoca sobre el valor de la semejanza del yo y la persona con la cultura y la función, mientras que la sociología romántica se afoca sobre el valor del apartamiento de funciones y valores, y de aquellas ocasiones en que los hombres no han sido controlados por ni asemejados a sus funciones y valores.

La metodología de la sociología clásica subraya la importancia de la razón "formal", de la codificación, y de la conformidad consciente a las reglas conocidas. La metodología de una sociología romántica concede mayor importancia a las fuentes *extra-técnicas* sociales de la teoría y el conocimiento, como la sociología del conocimiento. Una sociología clásica pone mayor énfasis en la capacidad de trascender su situación de la razón humana. Una sociología clásica implica, pues, que hay un modelo mejor para el trabajo y que la obligación del investigador está en determinar cuál es y en tratar de apegarse a él en todo momento. Pero la sociología romántica pone de relieve que los diferentes problemas intelectuales y los diferentes lugares de investigación tienen cada cual sus propiedades o paradigmas propios y diferentes. Una sociología romántica tiende a atribuir mayor importancia a los procedimientos informales hechos a la medida de los diferentes casos. Es decir, hay más de un camino que sea el mejor, y es de suponer que las técnicas y metodologías apropiadas cambien con el tiempo y con las perspectivas axiológicas.

La sociología clásica busca las estructuras más resistentes y las leyes de aplicación más universal. La sociología romántica busca leyes *históricas* o tal vez opere sólo con la etnografía, o con interpretaciones hermenéuticas o descripciones de casos únicos o de totalidades concretas. La sociología clásica pone su énfasis en el orden y en los mecanismos de la sociedad que producen el orden; la sociología romántica, en las causas de cambio, procesos de negociaciones y transformaciones. Para el sociólogo clásico, "objetividad" significa conformidad con los requisitos de la razón o la lógica de la ciencia. Mas para el romántico, objetividad es el consenso de los conocedores logrado mediante el debate.

El sociólogo clásico ve el orden y la coherencia que requiere la sociedad; el sociólogo romántico, la necesidad que aquélla tiene de conflictos y fricciones. La sociología romántica cree que hay toda suerte de tensiones y conflictos dentro de la sociedad (entre las ideas, las clases, las instituciones y los tipos de personas) y supone que hay un conflicto inherente entre hombre y sociedad. El clásico ve que los hombres necesitan una sociedad para la realización de su carácter de humanos. El romántico cree que la humanidad del hombre es limitada por la sociedad establecida. El sociólogo clásico ve por eso el valor de la armonía, el consenso y el decoro, mientras el romántico ve el valor de lo grotesco, lo disonante y lo indecoroso en la sociedad.

Entonces, no creo que el romanticismo o el clasicismo sean por sí solos una infraestructura suficiente para una teoría social válida. Yo creo que ambos son necesarios. Pero esto necesita aclaración en dos importantes puntos por lo menos:

Primeramente, si el teórico tiene acceso tanto a las infraestructuras románticas como a las clásicas, pero si se aísla una de otra, ninguna le proporcionará una perspectiva que lo liberte de la otra. Entonces podría aparecer una suerte de esquizofrenia teórica, donde una perspectiva se aplicaría a un propósito y la otra perspectiva a otro propósito diferente. Pero la relación más desembarazada entre las dos se produce cuando ninguna de ellas está aislada de la otra, cuando ninguna de las dos está reprimida ni cohibida, cuando por ello cada una puede dar una perspectiva de la otra, y cuando cada una puede ponerse en tensión energizadora de la teoría con la otra.

Todo esto conduce hacia una dirección "estructuralista". Pero lo que vamos a decir apunta a una dirección "historicista": dadas las implicaciones anteriores (o sea invocando los mismos supuestos y no otros) se deduce que puede haber condiciones históricas específicas en que una de las infraestructuras sea suprimida por la sociedad mayor, o por la tradición técnica profesionalmente dominante, y en que por eso sea intelectualmente válido poner un *acento* compensador en lo culturalmente excluido. Creo que nuestra época es precisamente un momento histórico así. La infraestructura clásica ha sido la fuerza predominante en el desarrollo de las ciencias sociales académicas; los hechos de los últimos sesenta han manifestado lo que sólo es una *tendencia* contracíclica de importancia secundaria. En una época así, en que la teoría social ha estado expuesta a un clasicismo patrocinado por el sistema establecido, es especialmente necesario proteger la facultad creadora teórica y el "equilibrio" lleno de tensión de las infraestructuras mediante un acento compensador puesto sobre el valor especial de la infraestructura *romántica*. En una época como la nuestra, donde lo romántico está al margen de la cultura dominante, siempre están presentes, empero, los peligros de su propio desarrollo unilateral, sobre todo en direcciones irracionales y antiintelectuales, y por eso no podemos entregarnos incondicionalmente a tal *perspectiva* romántica.

Notas

1 El porqué rechazaron los alemanes la traza francesa del nuevo orden social es una cuestión aparte y distinta. En un breve esbozo, puede decirse que lo rechazaron porque les llegó en la punta de las bayonetas napoleónicas, lesionaban además de insultar. Vieron en ella la culminación militar del predominio cultural francés, que ya se había manifestado anteriormente en la popularidad de la lengua francesa y de las maneras francesas en las cortes y entre las élites de las provincias alemanas. La clase media alemana era am-



bivalente en cuanto a la solución francesa, porque también se preocupaba por sus propiedades y por el populacho urbano, que la propia clase media francesa había creado y que había llevado su revolución a la detención thermidoriana. Naturalmente, la aristocracia alemana era menos ambivalente que la clase media en el rechazo del modelo francés.

2 El importante estudio de la señora de Staël sobre el romanticismo alemán, *De Alemania*, puede hallarse en M. Berger (ed. y trad.), *Mme. de Staël on Politics, literature and National Character*. (Garden City, Nueva York, 1964.)

3 Se puede calcular la amplitud de la literatura sobre el romanticismo recordando solamente cuán enorme es la referente a Rousseau. Y luego está la dedicada a cada uno de los poetas románticos; y después a los filósofos: Hegel, Fichte, Schelling, etc. La literatura sobre el "romanticismo" es abrumadoramente grande, y aquí no puedo más que indicar, aludir o insinuar algo de sus dimensiones y sólo un poco de su contenido. Se ha estudiado el problema del romanticismo más o menos sistemáticamente, por lo menos desde las *Lettres de Dupuis et Cottonnet*, de Alfredo de Musset, en 1836. Desde entonces ha sido el coto de los académicos que estudiaban la literatura comparada, los especialistas en cada uno de los idiomas euroamericanos, entre ellos el inglés, de modo que disciplinas académicas enteras, de continuidad cabalmente institucionalizada, han pasado muchos decenios escribiendo acerca del romanticismo, del romanticismo en la literatura de su propio país y en sus relaciones con el romanticismo de las literaturas de otros muchos países. Además, hay un extensivo análisis del romanticismo no sólo en literatura sino también en las demás artes: música, naturalmente, pero también pintura. La literatura del romanticismo es tan vasta que están más o menos estandarizadas las categorías en función de las cuales se dividen las bibliografías: por ejemplo, la historia del romanticismo sobre una base europea y país por país, críticas del romanticismo; definiciones del romanticismo; antologías de escritores románticos; biografías de autores románticos, bibliografías de literatura romántica y análisis, etc.

Lo que sigue no aspira a ser nada completo ni sistemático y debe verse solamente como un muestrario de algunas cosas que contribuyeron a configurar mi pensamiento en torno a esta cuestión. Primeramente, para cualquier norteamericano, está sin duda Arthur O. Lovejoy. Sin querer rebajar en lo más mínimo su erudita contribución, tal vez no estuviera de más considerar que algunos de sus escritos son brillantes bibliografías anotadas. Aunque de ningún modo por esta sola razón, ella bastaría para hacer de sus *Essays in the History of Ideas* (Nueva York, 1960) una contribución magistral a las bibliografías analíticas sobre el romanticismo. Otro tanto podría decirse de *Concepts of Criticism*, de Rene Wellek (New Haven, Conn., 1963) y del tomo II de su *A History of Modern Criticism* (New Haven, Conn., 1955). Pero yo añadiría que el valor conceptualizador, tal vez la audacia, de Wellek, parece más fuerte que el de Lovejoy; abrumado acaso por su imponente erudición, a veces parece como que Lovejoy se rinde demasiado fácilmente en la difícil tarea de conceptualizar la índole del romanticismo. *The Cambridge Bibliography of English Literature*, de F. W. Bateson (Cambridge, Inglaterra, 1940-1957), sigue siendo ciertamente una fuente principal. Véanse también *Publications of the Modern Language Association*, tomo LV (Nueva York, 1940), "Romanticism A Symposium". Entre las muchas obras que podrían consultar los no profesionales para alguna orientación inicial están: *Main Currents in 19th Century Literature*, de Georg Brandes (Londres, 1901-1905); *The Great Chain of Being*, de Arthur O. Lovejoy (Baltimore, 1936); *Rousseau and Romanticism*, de Irving Babbitt (Boston, 1919), y la reseña de esta obra por Lovejoy en *Modern Language Notes*, XXXV (Nueva York, mayo de 1920). Ver también:

M. H. Abrams, *The Mirror and the Lamp* (Londres, 1953)

J. Barzun, *Classic, Romantic, and Modern* (Boston, 1961)

H. A. Beers, *A History of English Romanticism in the 18th Century* (Nueva York, 1898)

- G. Bianqui, *La vie quotidienne en Allemagne à l'époque romantique* (París, 1959)
- C. Bouglé, *Le romantisme social* (París, 1938)
- M. Bowra, *The Romantic Imagination* (Londres, 1961)
- Crane Brinton, *The Political Ideals of the English Romanticists* (Londres, 1926)
- Christopher Caudwell, *Illusion and Reality* (Londres, 1936)
- Alec Comfort, *Art and Social Responsibility* (Londres, 1946)
- Northrup F. Ye (ed.), *Romanticism Reconsidered* (Nueva York y Londres, 1963)
- A Study of English Romanticism (Nueva York, 1968)
- R. W. Harris, *Romanticism and the Social Order, 1780-1830* (Londres, 1969)
- R. Haym, *Die romantische Schule* (Berlín, 1870)
- R. Huch, *Die Blütezeit der Romantik* (Leipzig, 1913)
- W. T. Jones, *The Romantic Syndrome* (La Haya, 1961)
- Frank Kermode, *Romantic Image* (Londres, 1957)
- Robert Langbaum, *The Poetry of Experience* (Nueva York, 1957)
- F. L. Lucas, *The Decline and Fall of the Romantic Ideal* (Londres, 1936)
- R. B. Mowat, *The Romantic Age: Europe in the Early 19th Century* (Londres, 1937)
- Morse Peckham, *Beyond the Tragic Vision* (Nueva York, 1962)
- Romanticism: The Culture of the 19th Century (Nueva York, 1965)
- T. M. Raysor (ed.), *The English Romantic Poets: A Review of Research* (Nueva York, 1956)
- Paul Roubiczek, *The Misinterpretation of Man* (Nueva York, 1947)
- I. Siciliano, *Il romanticismo francese* (Florenza, 1964)
- Leslie Stephen, *History of English Thought in the 18th Century* 2 tomos (Londres, 1876)
- J. L. Talmon, *Romanticism and Revolt: Europe 1815-1848* (Nueva York, 1967)
- Oskar Walzel, *German Romanticism* (Nueva York, 1966)
- Raymond Williams, *Culture and Society, 1780-1950* (Nueva York, 1958)
- L. A. Willoughby, *Romantic Movement in Germany* (Londres y Nueva York, 1930)
- A. W. Schlegel, *Vorlesungen über dramatische Kunst und Literatur* (Heidelberg, 1817)
- F. Schlegel, *Kritische Schriften*, (publ. por W. Rasch) (Munich, 1956)
- Geschichte der alten und neuen Literatur (Munich, 1961)
- 5 "Al concluir el siglo, la crisis religiosa era aguda. No parecía haber términos medios: o se era un hombre medioeval y cristiano o se era un hombre moderno y escéptico. . . Era inevitable que se hiciera un esfuerzo para trascender el dilema. Los esfuerzos fueron muchos." A. C. McGiffert *Protestant Thought Before Kant* (Nueva York, 1961)
- 6 Cf. A. F. Wallace, "Revitalization Movements", en S. M. Lipset y N. J. Smelser (eds.), *Sociology: The Progress of a Decade* (Nueva York, 1961), págs. 206-220.
- 7 Ver el sugestivo estudio de Wolfgang Kayser, *The Grottesque in Art and Literature* (Nueva York, 1966).
- 8 Georg Lukács, *La Historia y la Conciencia de Clase*. Apunta Lukács aquí (y no hay aquí más que eso) que "el concepto de *crecimiento orgánico* se convirtió de protesta contra la cosificación, en lema cada vez más reaccionario".
- Posteriormente, Lukács puso de relieve el éxito reaccionario del romanticismo. Pero eso crea graves dificultades para él por ser marxista, y sobre todo marxista hegelianizante, porque ve que tanto la obra de Solger como la de Friedrich Schlegel sobre la "ironía" los hizo pioneros del "método dialéctico entre Schelling y Hegel. . ." *Ibid.*
- 9 El principal análisis que hace Mannheim del romanticismo, que coincide con el Lukács posterior, trata de ello dentro del marco de un análisis del pensamiento conservador; véase Ch. V de K. A. Wolff (ed.), *From Karl Mannheim* (Londres, 1971).
- 10 F. Markham (ed.), *Henri Saint-Simon: Social Organization, The Science of Man and Other Writers* (Nueva York, 1964), pág. 42; ver también págs. xxx-xxxi.
- 11 Henri Lefebvre, *The Sociology of Marx* (Nueva York, 1968), pág. 22.
- 12 R. W. Friedrichs, *A Sociology of Sociology* (Nueva York, 1970); ver en especial su estudio de los modos "proféticos" y "sacerdotales" de la sociología. Véase también A. W. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology* (Nueva York, 1970), especialmente pág. 254, etc.
- 13 Hans-Georg Gadamer, "On the Scope and Function of Hermeneutical Reflection", *Continuum*, t. 8, No. 1, prim.-verano de 1970, pág. 80.
- 14 Richard E. Palmer, *Hermeneutics* (Evanston, 1969). Ver en especial los caps. 6 y 7.
- 15 Gadamer, *op. cit.*, pág. 90.
- 16 Paul Lorenzen "Enlightenment and Reason", *Continuum*, *ibid.*, pág. 5.
- 17 George Lichtheim, *From Marx to Hegel* (Nueva York, 1971). Habla Lichtheim de "la introducción por Lenin de una especie de voluntarismo que tenía más en común con Bergson y Nietzsche que con el modo bastante determinista de Engels de tratar los tipos históricos", pág. 67.
- 18 F. Schlegel, *A Course of Modern History* (Londres, 1849), pág. 298.
- 19 Cf. George Lichtheim, *ibid.*, "La sociología de Max Weber se estaba plasmando como parte de un intento de superar las hendiduras producidas entre el racionalismo científico y el intuicionismo romántico", pág. 201. De todos los actualmente interesados en estas cuestiones, Lichtheim es el que mejor visión tiene, con mucho, de la importancia del romanticismo para la moderna teoría social, académica y marxista, aunque todavía no ha consolidado su entendimiento del romanticismo y está demasiado dispuesto a reducirlo al nazismo.
- 20 J. W. Burrow, *Evolution and Society* (Cambridge, 1966), pág. xv.
- 21 J. W. Bennett, "Myth, Theory, and Value in Cultural Anthropology", en Count y Bowles (eds.), *Fact and Theory in Social Science* (Syracuse, 1964).
- 22 B. G. Glaser y A. L. Strauss, *The Discovery of Grounded Theory* (Chicago, 1967).
- 23 La confrontación más cabal de Mead con el romanticismo y su más sistemática expresión de su entendimiento de él se halla en *Movements of Thought in the 19th Century*, obra suya bastante injustamente desdeñada (M. H. Moore, ed., Chicago, 1936).
- 24 A. Strauss (ed.), *The Social Psychology of George Herbert Mead* (Chicago, 1959), pág. vii.
- 25 F. Schlegel, *op. cit.*, pág. 258.
- 26 Anthony Oberschall, *Empirical Social Research in Germany, 1849-1914* (Nueva York, 1965), págs. 64-65.
- 27 *Ibid.*
- 28 C. W. Mills, "The Sociological Imagination", en L. Z. Gross (ed.), *Symposium on Sociological Theory* (Evanston, 1959), pág. 40.
- 29 *Ibid.*
- 30 Véase, por ejemplo, de H. C. Selvin, "A Critique of Tests of Significance in Survey Research", *American Sociological Review*, octubre de 1957, págs. 519-527; R. McGinnis, "Randomization and Inference in Sociological Research", *American Sociological Review*, agosto de 1958, págs. 408-414.
- 31 A. Wildavsky, "The Political Economy of Efficiency: Cost-Benefit Analysis, Systems Analysis and Program Rudgeting", *Public Administration Review*, diciembre de 1966, págs. 292-309.
- 32 R. Boguslaw, "Situation Analysis and the Problem of Action", *Social Problems*, t. VIII, No. 3, invierno de 1961.